

MILÁN Encuentro Mundial de las Familias

Maria Grazia y Umberto Bovani

1 de junio de 2012 MILÁN-SAN SIMPLICIANO 15,00 h.

Nuestra presencia en el Santuario de San Antonio en Boves (Cuneo) comenzó hace 14 años con el fin de ofrecer, a quien quisiera, la oportunidad de vivir una experiencia "original" de los ejercicios espirituales.

En los últimos años, hemos buscado reformular nuestra propuesta para que ésta resultara más atractiva a quienes viven en pareja o formando una familia. Han sido años de autoformación al releer nuestra historia afectiva pero también hemos escuchado tantas otras historias que nos han sido contadas. La sustancia de lo que proponemos está allí: *en nuestra escucha y la de los otros a la luz de la narración bíblica y de un método que es el de San Ignacio.*

-En nuestra trayectoria hemos tenido manera de constatar cuánto el *mundo de los afectos representa una oportunidad insustituible para acercarse de manera significativa a la experiencia humana.* A través de los lazos afectivos, se nos permite el poder experimentar nuestra capacidad de relacionarnos con el mundo en general y con nuestros semejantes en particular.

Nuestras esperanzas más grandes pasan por la vida afectiva, así como nuestras mayores resistencias y obstinaciones. Los afectos se encuentran en la vida normal y racional, pero se trata quizá de dar mayor impulso a la comprensión de aquello que en sustancia determina la dimensión afectiva.

-Hemos comprendido que la *intimidad* (en el sentido evangélico de proximidad), es la experiencia que califica la vida de los afectos porque nos revela por lo que somos y lo que deseamos. Es la intimidad la que genera las relaciones, la apertura, la hospitalidad y la solidaridad. Y creemos que es siempre la intimidad la que *orienta y funda* la relación de pareja y familiar. Pero hay que educarse a la intimidad.

Si nos ponemos a pensar, la dimensión afectiva es la "cuestión" de fondo que más importa a cada persona; es el lugar en que las personas experimentan las más grandes consolaciones pero también las mayores desolaciones y las más profundas heridas, pero quizá justo por esto es el espacio en que podemos acercarnos de manera verdadera y exclusiva al *misterio de un Dios que se sustenta en la afectividad de un Padre.*

-La experiencia espiritual es hacer experiencia de una relación donde el trascendente se vuelve comprensible en una relación de intimidad. Para llegar a esto se necesita afinar nuestro sentir hacia la vida real, desarrollar una nueva conciencia de pensamiento respecto al recibir lo que se nos ha dado, abrirse a la posibilidad de mostrarnos por lo que somos realmente. Desarrollar estos cuidados quiere decir practicar la razón en la vida espiritual de la pareja y de la familia.

Lo que en estos años hemos tratado de experimentar en Boves poniendo en práctica la tradición espiritual de San Ignacio en el contexto de la vida afectiva de la pareja y de la familia, nos ha enseñado lo siguiente: que la vida espiritual en la familia asume un orientamiento y un sentido cuando la pareja continua a crecer con la toma de conciencia de una elección expresada a través de la unicidad siempre nueva del sacramento conyugal. Una toma de conciencia para nada descontada debido al inevitable mudar de la vida familiar.

-La práctica del discernimiento *pone en relación la vida espiritual con la vida real* porque cada cosa que experimentamos, que gustamos con nuestros sentidos, que probamos a través de nuestros afectos, reivindica una modalidad que le permita flanquear la vida concreta, de otro modo las razones de una elección se aflojan.

Pensamos cuánto una prospectiva de este tipo puede dialogar con el mundo en el que hoy vivimos y sobre todo, en el que viven nuestros hijos, un mundo donde parece que las cosas, por principio de cuentas, no puedan durar con el tiempo.

El discernimiento ofrece una respuesta posible al deseo difuso y patente de dar una dirección reconocible a las elecciones existenciales, exactamente allí donde cada cosa parece precaria, provisoria, temporánea.

-Por eso, nuestra experiencia aquí en el Santuario de San Antonio en Boves, nos ha convencido de que la familia necesita de una única grande ayuda: **la libertad de poder contar con sí misma**, que concretamente quiere decir valorización de su identidad (lugar de relaciones donde la diversidad se vuelve un recurso) y al mismo tiempo apoyo material y espiritual para que pueda comunicar, simplemente, la experiencia de un amor que salva.

La familia necesita encontrar oportunidades, tanto en la vida civil como en la eclesiástica, para poder testimoniar "simplemente" una *intimidad posible*, no extirpada del contexto sino dentro de los avatares de la vida; volver a dar valor a lo ordinario, desechando la idea que lo cotidiano es sinónimo de aburrimiento y rutina, sino el espacio en el cual la normalidad de la vida humana retoma su valor.

¿Quién si no la familia puede dar testimonio en la sociedad actual de *la belleza de la vida en su manifestación ordinaria*?

Si hoy en día las familias fueran ayudadas y animadas a vivir esta simple pero fundamental prospectiva de normalidad de la existencia, se daría una importante paso en la búsqueda del sentido de la vida, inquietud presente en muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo.